

El fantasma y la niña

TERESA SEGARRA TOMÁS

"Érase una vez, una niña enamorada de un fantasma..." De fantasmas ¡qué se yo!. Parece que son seres etéreos y silenciosos que aparecen y desaparecen sin ser nunca vistos, suaves y blancos como un dulce veneno.

Otros dicen que arrastran pesadas cadenas. Habitan castillos de solitarias reinas y acaso les contemple la eternidad. Será por eso que no tienen ninguna prisa.

Hubiera negado su existencia si no fuera por la niña de la historia. En su memoria y por su amor decido escribirla, después de leerla en sus ojos. La niña, después de largo tiempo callada, me habló de su fantasma, de su magia y su ternura, de su presencia que la hacía temblar y de su ausencia que la hacía llorar. De la blanca sábana que lo envolvía y de toda la fantasía que hacia él derrochaba. Y también de su miedo a que todo fuera un sueño, sintiendo que los demás dejaban de importarle.

Tal era la luz de sus ojos al hablarme de él, que la vi deslumbrada, encerrada en un círculo, dando vueltas sobre sí misma, sin poder salir de él. Me dolió, sobre todo, que siendo una niña, no podía

seguir creciendo.

Así pues, arriesgándome a dañarla, tuve que decirle: "estira de la sábana y conocerás la realidad". Aquella tarde la niña se marchó llorando y yo pensé que había traicionado su confianza. Pero al cabo de unos días vino a decirme: "será esta noche y quiero que me acompañes, no puedo hacerlo sola. Necesito tu compañía para comprometerme en esta decisión". Yo, que temblé por dentro, le dije que por ella haría **todo** lo necesario.

Para tan gran ocasión me puse un vestido blanco que tenía bordada una estrella en la espalda. Y me pinté mucho los ojos, pensando que así evitaría llorar...

La luna reinaba brillante y plena en el cielo, se reflejaba sobre la sábana satinada y blanca del fantasma. Era de noche, pero ¡había tanta luz! Tanta, que yo podía leerlo todo en los ojos de la niña, que sin embargo no decía una palabra.

Tampoco yo podía decir nada, paralizada por la situación, arrepentida de mi consejo que mataría su sueño de niña.

Con sus manos pequeñas deslizó la sábana y ante ella quedó al descubierto,

un hombre.

Sólo era un hombre, humano y mortal como nosotras. Parecía lejano y aislado, quizá triste por no querer o no poder soñar.

Protegido por su máscara o atrapado en su destino. Les vi cogerse de las manos y decirse unas palabras que yo, llorando, ya no quise oír.

El fantasma convertido en hombre, se quedó inmóvil y a la niña la vi alejarse por el camino. Sola, con su amor sin final. Todavía, entre mis lágrimas pude ver que su aspecto y su actitud la convertirían en un gran mujer. Pero ya no volvió la vista atrás y no pude leer en sus ojos...

A él no pude acercarme, ni hablarle, ni conocerle. Convertido en hombre, me separaba un abismo que no podía saltar.

Hoy contemplo media vida vivida y nunca vi un amor igual.

La voz del entendimiento me hizo pensar que si el fantasma quedó convertido en hombre y la niña se hizo mujer... ya no podrán reconocerse.

Pero en aquel momento, la estrella de mi vestido me envió un rayo de luz, el rayo, dada la avanzada tecnología de fin de siglo, era láser y de color rojo como la pasión y la sangre.

Pasó fugaz y dejó escrito en el aire:

"El futuro está por venir"

Ahora ya no puedo creer en fantasmas.

Ni soñar como la **niña**. Cuando pienso en ella siento nostalgia de todos los caminos **no** recorridos. Y una gran pregunta permanece presente: "¿Por qué, **madre** mía, no salvé su inocencia?"

Armada de amor, he querido contar esta historia desde la **más alta cumbre de la memoria**.

Con **amor** se la dedico a un hombre y a una mujer.



Flor de cactus: Duras espinas o flores blancas. (Teresa, julio 98).